



Revista Austral de Ciencias Sociales

ISSN: 0717-3202

revistaaustral@uach.cl

Universidad Austral de Chile

Chile

Delano A., Priscilla

Trabajo, identidad y relaciones de género: Una aproximación en el sector rural chileno

Revista Austral de Ciencias Sociales, núm. 1, 1997, pp. 15-24

Universidad Austral de Chile

Valdivia, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=45900102>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Trabajo, identidad y relaciones de género. Una aproximación en el sector rural chileno.

Priscilla Delano A.*

En el curso de las últimas décadas la estructura económica chilena ha sufrido profundas transformaciones, que han tenido gran incidencia en la inserción laboral de las mujeres de bastos recursos y en sus formas de vida. Estas nuevas formas de participación femenina en el ámbito productivo se pueden relacionar desde una perspectiva más general con los cambios a nivel mundial, que se vienen desarrollando desde los años 60, bajo lo que ha sido denominada la Nueva División Internacional del Trabajo (NDIT, Frobel, Heinrichs y Kreye, 1980), división del trabajo en la cual la participación laboral femenina ha ocu-

pado un lugar preferente.

En este artículo se analiza la racionalidad que, de acuerdo a los estudios realizados bajo el esquema de la NDIT, permitiría fundamentar esta alta participación de mujeres, y a partir de un estudio de casos realizado con mujeres trabajadoras de las empresas pesqueras de la Isla de Chiloé (ver Delano, 1993), se plantea que dichas explicaciones han tendido a enfatizar la oferta de trabajo y a subestimar las características de hombres y mujeres que influenciarían la demanda de trabajo.

Se argumentará que la participación diferenciada de hombres y mujeres, en este ámbito de la economía, si bien estaría influida por las habilidades o atributos "naturales" que ellos presentan, también es importante considerar aspectos relacionados con la identidad de género que influyen la demanda de trabajo. Asimismo, se intenta demostrar cómo la participación femenina en el mundo laboral influye las relaciones de género a nivel de pareja y las diferencias que éstas asumen en contextos que hemos definido como urbanos y rurales¹.

* Antropóloga, PhD. Una versión preliminar del presente trabajo fue presentada en el IV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología Rural (ALASRU), Concepción, 1994.

² Consideremos que en el concepto de ruralidad en el contexto de desarrollo económico actual debería ser redefinido. En este estudio, dada la importancia que tenía el acceso a fuentes de empleo, hemos definido como urbanas aquellas localidades dentro de la Isla de Chiloé, que presentaban mayores fuentes laborales, y como rurales aquellas en las cuales las únicas fuentes de trabajo eran aquellas proporcionadas por las empresas pesqueras, aún cuando de acuerdo al criterio usado por el INE fueran definidas como urbanas. Es un hecho que las mujeres trabajadoras, en las localidades definidas como rurales, provenían en su mayor parte de sectores rurales y/o presentaban características más tradicionales.

La información en la cual se basa este artículo fué obtenida mediante el uso de técnicas cuantitativas y cualitativas, que incluyeron la aplicación de una encuesta semi-estructurada a 120 mujeres trabajadoras, mientras que la información cualitativa se obtuvo a través de entrevistas en profundidad realizadas con pequeños grupos e historias de vida².

A continuación se sugiere como hipótesis de trabajo, que necesitaría de una mayor elaboración sustentada en otros trabajos empíricos, que los rasgos de personalidad desarrollados en la primera infancia, que son reforzados por ideologías culturales acerca de los trabajos que son apropiados para los hombres, les impiden a éstos aceptar "trabajos de mujeres", u otros trabajos que ellos consideran que pueden dañar su imagen, una ideología que en Latino América se incluiría dentro del ámbito del "machismo". Por el contrario, el desarrollo del yo de las mujeres, en conexión con el otro (Chodorow, 1978; 1989; Gilligan, 1982), es reforzado por patrones culturales que enfatizan su identidad como madres. Por lo tanto, se plantea, que las mujeres serían más flexible para aceptar cualquier tipo de trabajo a fin de asegurar la subsistencia de sus familias.

EL ARGUMENTO DE LOS "DEDOS DELICADOS"

Frecuentemente se asocia las preferencias de los empleadores por contratar mujeres trabaja-

doras con la relación que existe entre trabajos específicos y rasgos de género, es decir con diferentes destrezas atribuidas a hombres y mujeres. Se asume generalmente que algunas capacidades "naturales" y rasgos de personalidad supuestamente femeninas, tales como: paciencia para realizar trabajos tediosos y repetitivos, dedos delicados, agudeza visual, docilidad y disposición para aceptar una disciplina de trabajo pesada, llevaría a los empleadores a preferir mujeres en vez de hombres en empresas que son intensivas en mano de obra (Safa, 1981; Elson y Pearson, 1981; Benería y Roldan, 1987; Chant, 1991).

A continuación se exploran hasta qué punto, en el estudio que hemos realizado, las destrezas "naturales" de las mujeres determinan las preferencias de los empleadores por contratar mujeres, o si por el contrario algunos hombres no aceptan realizar trabajos que pueden ser etiquetadas como "trabajos de mujer".

Cuando se preguntó a algunos empleadores las razones que ellos tenían para contratar más mujeres que hombres éstos se refirieron a cualidades específicas que poseían las mujeres como trabajadoras. Sin embargo, debe hacerse una distinción de acuerdo a los diferentes tipos de procesamiento que se realizaban en las plantas. En el procesamiento de pescado fresco y fresco-congelado, como la merluza, que no requiere de cuidados especiales en su manejo, se señaló que no había diferencias entre hombres y mujeres como trabajadores, y efectivamente los porcentajes de trabajadores hombres y mujeres eran bastante similares. Sin embargo, es necesario resaltar aquí que la merluza es un tipo de pez que dado la tradición pesquera de la isla, ha sido normalmente pescado y procesado por los hombres. Por el contrario, el salmón, el otro tipo de pez más frecuentemente procesado, es un producto que ha sido introducido en la isla más re-

En este contexto, siguiendo a Bertaux (1981), tal vez sería más apropiado hablar de "life story" (relatos de vida) en el lugar de "life history" (historias de vida), dado que no se solicitó información acerca del ciclo total de vida de las entrevistadas. Además de la selección que las propias mujeres hicieron acerca de los aspectos relevantes de sus vidas, se seleccionaron los aspectos que eran más relevantes para el estudio (Ver Délano, 1994).

cientemente.

En aquellas empresas donde se procesaba mariscos en conserva o salmón se encontró que se contrataban más mujeres. Las razones dadas por los empleadores estaban asociadas con el tipo de producto, la fragilidad del salmón y la presentación del producto en el caso de los mariscos en conserva, que se señalaba eran tareas que las mujeres hacían mejor que los hombres. También es importante mencionar aquí que la recolección de mariscos ha sido en la isla tradicionalmente un trabajo realizado por mujeres. Mientras los hombres salen a pescar o mariscar en el mar, las mujeres recolectan mariscos en las playas, lo cual hasta hoy en Chiloé es frecuente.

La siguiente cita de un empleador proporciona un ejemplo de lo señalado anteriormente:

"El marisco tiene que ser limpiado y hay que sacarle bien la arena, ese es un trabajo de mujeres, ellas son más delicadas, también en el decorado de las latas, ellas son más metódicas y ponen más cuidado en hacerlo. Una vez nosotros tratamos de poner hombres en estos trabajos, pero se sentían mal, incómodos, y nos pedían que los pusiéramos a acarrear carretillas".

La última frase es bastante importante, ya que demuestra que los empleadores podrían preferir contratar hombres, ya que ellos pueden ser menos "complicados" que las mujeres que tienen hijos/as y requieren de ciertos beneficios por este "pecado". También queda demostrado que algunos hombres no están dispuestos a hacer este tipo de trabajos.

Parecería importante confrontar con la percepción de las propias mujeres dos puntos que aparecen mencionados en la cita anterior.

Primero, que se supone que las mujeres tienen destrezas especiales que los hombres no poseen, lo cual plantea la interrogante de si estas características son atributos "naturales" femeninos. El segundo aspecto se relaciona con este-

reotipos culturales asociados a la división sexual del trabajo, es decir, hasta qué punto los hombres se niegan a hacer estos trabajos porque culturalmente ellos están asignados a las mujeres y por tanto, al hacerlos estarían asumiendo roles femeninos.

En la muestra las mujeres estaban en general de acuerdo (88.3% de la muestra total) que hay tareas que son más apropiadas para las mujeres que para los hombres en las plantas pesqueras. Sin embargo, este porcentaje disminuía a 65 por ciento en el caso de las mujeres que trabajaban en plantas que procesaban merluza. Sin embargo, cuando a las mujeres se les consultaba si ellas creían que los hombres podrían hacer estas tareas mejor, peor o igual a las mujeres, 40 por ciento consideraba que los hombres lo podrían hacer igual a las mujeres, y en el caso de las mujeres que procesaban merluza subía a casi un 70 por ciento. Las mujeres señalaban, por ejemplo: "No lo hacen porque no quieren, es cosa de querer aprenderlo no más".

Tentativamente se podría dividir en tres categorías las razones dadas por las mujeres en relación a la división del trabajo en las plantas: diferencias sexuales, diferencias de género, y estereotipos culturales.

Las diferencias sexuales están determinadas biológicamente, y la primera gran diferencia hecha por las mujeres trabajadoras era aquella entre tareas que requieren mayor fuerza física, que son realizadas por los hombres, y trabajos más livianos, que son realizados por las mujeres.

Diferencias de género. Los atributos de género son construcciones sociales y culturales, internalizados principalmente a través del proceso de socialización que comienza en la infancia. Algunas de las respuestas de las mujeres en relación a la división sexual del trabajo se pueden relacionar con destrezas femeninas adquiridas en la unidad doméstica a través del aprendizaje del

tejido, costura, etc. Por ejemplo, se señaló que las mujeres son: más rápidas, tienen dedos más finos, son delicadas, cuidadosas, meticolosas, y tienen más paciencia. En contraste, los hombres eran considerados por ellas: lentos (tanto en hacer el trabajo como en aprender a hacerlo), torpes y descuidados.

Sin embargo, otras características no parecen estar claramente asociadas con la socialización recibida en la infancia. Se señaló, por ejemplo, que las mujeres son más responsables (tanto por las mujeres como por los empleadores), que aprenden más rápido, y que son más constantes. Los hombres, por otra parte, se dice que son trabajadores flojos, que poseen poca concentración y poca paciencia para permanecer sentados todo el día. Estos aspectos parecería ser que están más relacionados con estereotipos culturales acerca de la división sexual del trabajo.

Aún cuando los estereotipos culturales se encuentran fuertemente relacionados con las diferencias de género, se considera acá que analíticamente pueden ser separados, dado que están más relacionados con aspectos más amplios de los roles femeninos (femeneidad) y masculinos (masculinidad). En otras palabras, se podría decir que los estereotipos culturales están basados en rasgos de género culturalmente asignados, pero al mismo tiempo involucran otros aspectos más generales. Los siguientes ejemplos, tomados de las respuestas de las mujeres, ilustran lo dicho anteriormente:

"Se ve feo un hombre haciendo estos trabajos."

"Podrían hacerlo igual, pero los jefes dicen que es trabajo de mujeres."

Las citas anteriores reflejan una asignación cultural de la división del trabajo, pero a la vez implican una visión de lo que un hombre "debe ser". Por lo tanto, aún cuando el tipo de trabajo que realizan las mujeres puede relacionarse con diferencias de sexo y de género, también existe

una imagen más amplia de los roles masculinos y femeninos. Por tanto, acá se plantea que aún cuando las diferencias de sexo y género son importantes, las mujeres son contratadas porque son consideradas trabajadoras más responsables que los hombres, y que son trabajadoras más responsables porque son Madres³.

En lo que sigue, se argumentará que las mujeres tienen una actitud más flexible porque son Madres, y que ellas aceptarán cualquier tipo de trabajo a fin de asegurar la supervivencia de sus familias. Por el contrario, los hombres son menos flexibles y no querrán involucrarse en "trabajos de mujeres", que podrían dañar su masculinidad y autoestima. Sin embargo, si ellos no pueden desempeñar el rol que la sociedad les asigna, como proveedores del hogar, su autoestima también se verá afectada, por lo cual se encuentran en un círculo vicioso, que en muchos casos se puede traducir el alcoholismo, celos, etc.

IDENTIDAD Y RELACIONES DE GENERO

Existen dos hechos que parecería no han sido contestados aún en relación a porqué se prefiere contratar más mujeres que hombres en industrias que son intensivas en mano de obra y que merecen nuestra atención. El primero, es que las mujeres están trabajando, mientras altas proporciones de hombres están sub-empleados o cesantes. El argumento de que se prefiere contratar mujeres porque se les puede pagar sueldos inferiores demostró no ser efectivo en este estudio en el caso de hombres y mujeres que realizaban trabajos similares.

³ Acá se usa la palabra Madres (con mayúscula) siguiendo las ideas propuestas por Chodorow (1978) que se comentan más adelante, independientemente de que las mujeres sean realmente madres o no.

Asimismo, hay otro factor que parece hacer ese argumento insostenible, si el rol principal de los hombres en la sociedad es el de ser proveedores de la familia, ellos deberían aceptar cualquier trabajo disponible si no cuentan con un salario para mantener a sus familias.

El segundo, es el argumento de que las mujeres poseen dedos más delicados, que tienen más paciencia, etc., que supuestamente son atributos femeninos que hacen que las mujeres sean preferidas como trabajadoras en este tipo de empleo. Desde nuestro punto de vista éste tampoco es un hecho claro ni demostrable, en muchos casos. Es evidente que los hombres no siempre tienen las manos o los dedos más grandes que las mujeres, especialmente cuando observamos las manos de una mujer que trabaja procesando mariscos y pescados en las plantas. Tampoco es efectivo que los hombres necesariamente son torpes, cuando observamos, por ejemplo, a un neurocirujano, o a un pescador desenredando el hilo de su red de pesca, lo cual requiere además de "dedos delicados" de gran paciencia.

Por lo tanto, se puede sugerir que es necesario recurrir a otra teoría explicativa a fin de responder a estos puntos, y pensamos que es importante en este sentido considerar el trabajo de algunas psicólogas feministas, que hasta ahora no han sido considerados al tratar este asunto.

Los estudios de psicólogas feministas, tales como aquellos de Chodorow (1978; 1989) y Gilligan (1982), han cuestionado, por su sesgo androcéntrico, las interpretaciones psicoanalíticas tradicionales acerca del desarrollo del yo. Al hacerlo han demostrado que las primeras experiencias infantiles condicionan diferentes desarrollos en la personalidad y en el razonamiento moral de hombres y mujeres.

En su intento por explicar las diferencias que caracterizan la personalidad y roles femeninos y

masculinos, Chodorow (1978) ha puesto énfasis en el hecho de que generalmente son las mujeres las responsables del primer cuidado que reciben los/as niños/as. dado que las niñas son criadas por una persona de su mismo género, para las mujeres el desarrollo de la identidad femenina no dependería del logro de la separación con la madre. Por el contrario, para los niños y hombres, la separación está profundamente relacionada con su identidad de género, dado que la separación de la madre es esencial para el desarrollo de su masculinidad. De acuerdo a la teoría de Chodorow, la masculinidad se define a través de la separación, mientras que la femeneidad se define a través de la conexión. Como consecuencia de la existencia de las diferencias de sexo en las primeras experiencias de individuación y relación, Chodorow plantea que las niñas emergen del período del Complejo de Edipo con una base para la empatía como parte constituyente en su primera definición del yo, y con una fuerte base para experimentar las necesidades de los otros, de una forma que no ocurre en los hombres.

Por su parte, Gilligan (1982), en su análisis de la identidad y desarrollo moral, señala que la concepción masculina de la moralidad está relacionada a la justicia y liga el desarrollo moral al entendimiento de derechos y reglas. Por el contrario, las concepciones femeninas de la moralidad están relacionadas con el cuidado y centran el desarrollo moral en torno a la comprensión de la responsabilidad y de la relación con los demás. Mientras para los hombres la comprensión de la moralidad se expresa en cómo ejercer los derechos de uno sin interferir con los derechos de los demás, para las mujeres ello significa un sentido muy fuerte de ser responsables por el mundo. Gilligan (op. cit) también ha analizado los estudios de Piaget y Lever acerca de los juegos infantiles, señalando que Piaget concluye que las mujeres son más tolerantes en sus actitudes ha-

cia las reglas, más dispuestas a hacer excepciones, y más fácilmente dispuestas a las innovaciones. En relación a los resultados de Lever, Gilligan señala que este autor asume que el modelo masculino es mejor, dado que calza mejor con los requerimientos del éxito moderno, por el contrario, la sensibilidad y el cuidado por los sentimientos de los otros, que desarrollan las niñas a través de sus juegos, tienen muy poco valor de mercado e incluso pueden impedir el éxito profesional.

En conclusión, se puede señalar que uno de los rasgos más importantes de la personalidad femenina, de acuerdo a Chodorow y Gilligan, es su sentido de unión y responsabilidad hacia otros seres humanos. Aún cuando ninguna de estas autoras ha tratado de relacionar este aspecto con el rol de las mujeres como trabajadoras, considero que es un aspecto crucial a considerar, dado que a mi parecer es este abrumador sentido de responsabilidad, o esta preocupación de las mujeres por los otros, lo que, interrelacionado con otros atributos femeninos, tales como la flexibilidad para romper las reglas, lo que influye en el comportamiento de las mujeres, entre otras cosas, a tener una actitud más flexible que los hombres en cuanto a aceptar cualquier tipo de trabajo que pueda contribuir al sustento y la sobrevivencia de su familia.⁴

Aún más, es posible sugerir, que mientras la competitividad, la separación del otro, etc., pueden ser atributos deseables para obtener éxito profesional en las altas esferas del mundo del trabajo, estos mismos atributos pueden ser indeseables en trabajos que tienen un bajo status, lugar en el cual se encuentran la mayoría de las oportu-

nidades de trabajo para los hombres y mujeres pobres en los países subdesarrollados.

Por otro lado, el desarrollo psicológico de los hombres, y en América Latina la imposición de patrones culturales de comportamiento, que se traducen en la práctica cotidiana en el machismo, no permiten a los hombres tener una actitud más flexible en cuanto a quebrantar las reglas y aceptar trabajos que no se consideran apropiados para los hombres. La sociedad Latinoamericana, bajo la influencia, entre otras instituciones, de la Iglesia Católica⁵, ha privilegiado la imagen del hombre como el patriarca y el proveedor, y la imagen de la mujer como María, la Virgen y la Madre (cf. Montecino, 1991). Imágenes que, queremos plantear como hipótesis, al reforzar rasgos de la personalidad, han tenido una influencia decisiva en la constitución de las identidades de género.

Volviendo a nuestro estudio, cuando a las mujeres que habían tenido hijos, se les pidió que señalaran cuál era el aspecto más importante de sus vidas, todas estaban de acuerdo: "ser mamá", tener hijos y verlos crecer fué descrita como la experiencia más enriquecedora para estas mujeres, lo que daba más felicidad a sus vidas y al mismo tiempo lo que les daba más fuerzas para luchar en la vida. El principal objetivo de estas mujeres para trabajar era ser capaces de dar a sus hijos/as una vida mejor que la de ellas habían tenido. La siguiente cita resume este sentimiento compartido:

⁴ Estas ideas fueron discutidas personalmente con Carol Gilligan quien demostró su interés y estimuló su profundización.

⁵ Como señala Alvarez (1990), las doctrinas de la Iglesia Católica en América Latina en relación a la moralidad, sexualidad, maternidad y la familia, han permanecido inalterables hasta ahora, y aún en los sectores más progresistas de ella se sostiene el mensaje de que la principal, sino la única, vocación de las mujeres es la maternidad y la familia.

"Lo más lindo en la vida es ser mamá y tratar de ser lo mejor posible con los hijos. Todo lo que hago es por ellos, no importa que para mí no sea nada, pero viéndolos felices a ellos y dándoles lo que ellos necesitan, ésto es todo para mí. Yo vivo feliz luchando por ellos."

Aún cuando algunas mujeres, madres solteras, habían establecido una buena relación de pareja, o con una segunda pareja en el caso de algunas separadas, ellas sentían que sus hijos/as eran sólo su responsabilidad. Como ejemplo se puede citar el caso de una madre soltera con dos hijas, la cual ante la imposibilidad de ganarse la vida con sus hijas, después de desarrollar diversas estrategias para ello, las había enviado a vivir con sus padres. En los dos últimos años había establecido una buena relación de pareja, y vivían con sus suegros, por lo cual no podían traer sus hijas a vivir con ellos. Cuando preguntamos a esta mujer si ahora que tenía pareja, quien tenía buenas relaciones con ella y con sus hijas, si él le ayudaba con los gastos de sus hijas, ella respondió:

"No. Lo que yo no le permito es que me de plata para mandarle a mis hijas, yo corro con mis hijas, yo no quiero que algún día él me diga que él ayudó a educar a mis hijas. No, eso no, yo sola tengo que hacer eso."

A diferencia de la extendida aseveración de que los/as hijos/as son generalmente considerados/as como una ayuda para la vejez, la devoción de la mujeres en este estudio era absolutamente desinteresada, y no existía ninguna expectativa de reciprocidad para el futuro. Como en el siguiente ejemplo:

"Yo no les pido a ellos (a sus hijos) que me den un agradecimiento económico, que me paguen lo que yo les dé, sino que quiero que me agradezcan en el sentido de que sean buenos hijos, que algún día puedan llegar a ser algo, que estudien. Yo lo que les doy es incondicional, como

su mamá que soy."

Por lo tanto, la identidad de género de las mujeres como madres parece ser un poderoso elemento en motivar su aceptación de cualquier tipo de trabajo a fin de proveer por el bienestar de su familia. Al contrario, en los hombres parece prevalecer su imagen como machos, lo cual no les permitiría involucrarse en trabajos que ellos consideren puede dañar su masculinidad.

El machismo ha sido definido como un tipo de patriarcado para las sociedades Latino Americanas, y como tal significaría una sociedad dominada por valores masculinos. Asimismo, muchas autoras han sostenido que el machismo es uno de los rasgos sobresalientes de las relaciones de género en América Latina, como también la ideología hegemónica del género (Brydon y Chant, 1989; Scott, 1990). Otras autoras han enfatizado que el machismo no puede reducirse a la relación entre hombres y mujeres, y postulan que el "macho" también es víctima de un sistema económico y social que lo explota y aliena, y que como una respuesta a su propia alienación el hombre busca al menos dominar a su mujer (Latin American and Caribbean Women's Collective, 1980).

Por otra parte, también es posible relacionar el machismo con la importancia cultural asignada al rol de proveedor de los hombres. Gissi (1980) por ejemplo, señala que el machismo es más frecuente en las clases socioeconómicas bajas y sugiere que ésto se debe a que la naturaleza inestable del trabajo que en ellas realizan los hombres y a los bajos salarios que perciben debilitan su rol de proveedores. Como señala Safilios-Rothschild (1990), los ingresos de las mujeres son a menudo percibidas por los hombres como una amenaza a sus habilidades de proveedores y por lo tanto a su superioridad y autoridad sobre las mujeres. Desde el punto de vista de las mujeres en el estudio era claro que el

machismo se encontraba relacionado con su rol de proveedores:

"El hombre es más machista cuando aporta él solo el dinero. Por el hecho de ser él el que aporta, se siente dueño de la casa, dueño y señor, porque es él el que mantiene."

En el contexto de la vida cotidiana de las mujeres en este nuevo estudio, se podría sugerir que el machismo también es una expresión de la frustración masculina cuando los hombres perciben que no están cumpliendo el rol de proveedores que la sociedad les asigna.

Algunas de las ideas mencionadas antes se confirman a través de una cita proveniente de la experiencia de una de las mujeres del estudio. En primer lugar, la importancia del rol del hombre como proveedor para definir su identidad, rol que una vez perdido puede minar su autoestima y llevarlo al alcoholismo, celos y violencia. En segundo lugar, la falta de flexibilidad en los hombres para aceptar un trabajo diferente al cual están capacitados, en este último caso también está subyacente la idea de pérdida de autoestima al realizar un trabajo que se considera inferior a sus capacidades y habilidades.

"Los problemas empezaron cuando él quedó sin trabajo. Unos amigos le buscaron trabajo, pero no le gustó, dijo que no era su profesión (era albañil). En esa época yo tejía chombas en la casa, para un señor que exportaba. Entonces le dije a él que tenía que ayudar con el trabajo de la casa, y él empezó a hacer casi todo. Estuvo así tres años en la casa, sin trabajar. Cuando se abrió la primera pesquera yo le dije "vamos a buscar trabajo", pero él no quiso ir. Yo entré a trabajar y empecé con los turnos de noche y él empezó con los celos y el trago. Poco después se empezó a poner violento y yo le dije que mejor se fuera, que yo no lo iba a aguantar."

De acuerdo a lo antes señalado podemos plantear que el desarrollo de una identidad de género

diferente en hombres y mujeres es un elemento importante a considerar en su disposición a aceptar distintos tipos de trabajos, como asimismo que los factores culturales asociados al desempeño de roles tendrán incidencia en las relaciones de pareja. En nuestro estudio podemos sintetizar lo anterior en tres tipos de situaciones encontradas:

1) Cuando la mujer está en la casa y no realiza un trabajo remunerado y el hombre es el proveedor. La actitud del hombre es machista y él decide sobre lo que su mujer puede o no puede hacer. Las mujeres no se sienten libres ni siquiera de tomar decisiones en ámbitos que les son propios, como la esfera doméstica: "porque es él el que pone la plata". Las relaciones que se establecían, por lo tanto, eran de desigualdad y se veía una impotencia por parte de las mujeres para cambiar esta situación.

2) Cuando la mujer poseía un trabajo relativamente estable y relativamente bien remunerado y el hombre poseía un trabajo inestable o peor remunerado. La actitud del hombre era machista, pero traducida en frustración por no cumplir su rol de proveedor. La amenaza de su rol de proveedor llevaba a situaciones de celos, infidelidad, alcoholismo, y violencia familiar.

En el caso de las mujeres con mayor experiencia urbana se sentían libres de romper una mala relación y capaces de enfrentar su vida solas con sus hijos. En el caso de las mujeres más ligadas al mundo rural, estas se sentían capaces de enfrentar al marido, imponerle condiciones para que cambiara su actitud, negarle plata, etc. Si bien no existe una actitud de sumisión como en el primer caso, predominaba una actitud maternal hacia la pareja: sienten pena dejarlos, "que les puede pasar", etc., y además pensando en los hijos "para ellos es duro quitarles a su padre". En estas mujeres predomina también una idea fatalista, o apoyada por la Iglesia, de que el matrimonio "es para toda la vida", por tanto aún cuan-

do asumen una actitud bastante asertiva e imponen reglas dentro de la casa y en la relación de pareja no llegan a tomar la decisión de cortar una mala relación.

3) Cuando tanto el hombre como la mujer contaban con un trabajo relativamente estable y relativamente bien remunerado (lo cual generalmente era para ambos en las empresas pesqueras). En ambos, predominaba la idea de que con dos salarios obtendrían mejores condiciones de vida y el hombre aceptaba bien el trabajo de la esposa. Aún cuando a veces se mantenía en el hombre como ideal que la mujer pudiera estar en la casa, esto se relacionaba sobre todo por lo duro que es el trabajo en las pesqueras, pero no con la idea de que ella estuviera en la casa para servirlo. También se observaba una importante participación del hombre en las actividades domésticas, y entre ambos trataban de compatibilizar los

turnos de trabajo de manera que les permitieran dividirse el trabajo doméstico.

En términos generales se puede concluir, a partir del estudio, que la identidad de género se encuentra fuertemente relacionada con una participación diferenciada frente al trabajo en hombres y mujeres. Asimismo, que la sola incorporación de la mujer al trabajo remunerado no llevará necesariamente al desarrollo de relaciones de género más igualitarias, es necesario que los hombres también tengan acceso a fuentes de trabajo. El acceso a un trabajo estable y relativamente bien remunerado para ambos sexos, llevaría al hombre a involucrarse más en el ámbito doméstico, lo cual incidiría, probablemente, en que ésta sea un área que comience a ser valorada y lleve al desarrollo de una sociedad más igualitaria en términos de género.

BIBLIOGRAFIA

Alvarez, S. (1990) *Engendering Democracy in Brazil. Women's Movements in Transition Politics*. Princeton University Press.

Benería, L. y Roldán, M. (1987) *The Crossroads of Class and Gender. Industrial Homework, Subcontracting, and Household Dynamics in Mexico City*. The University of Chicago Press.

Bertaux, D. (ed.) (1981) *Biodegraphy and Society: The Life History Approach in the Social Sciences*. Beverly Hills, California. SAGE. Brydon, L. y Chant, S. (1989) *Women in the Third World. Gender Issues in Rural and Urban Areas*. Edward Elgar Publishing.

Chant, S. (1991) *Women and Survival in Mexican Cities. Perspectives on Gender, Labour Markets and Low-Income Households*. Manchester University Press.

Chodorow, N. (1978) *The Reproduction of Mothering. Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. University of California Press.

Chodorow, N. (1989) *Feminism and Psychoanalytic Theory*. Yale University Press. USA. Polity Press. UK.

Délano, P. (1993) *Women and Work in Chile: A case study of the fish-processing industry on the island of Chiloé*. Tesis

de Doctorado no publicada. Universidad de Cambridge. Inglaterra.

Délano, P. (1994) "Reflexiones acerca del uso de métodos cuantitativos y cualitativos en un estudio de casos" Serie Documentos Docentes 01/94. Instituto de Ciencias Sociales. Universidad Austral de Chile. Valdivia.

Elson, D. y Pearson, R. (1981) "Nimble make cheap workers: an analysis of women's employment in Third World export manufacturing." *Feminist Review*, 7, 87-107.

Frobel, F., Heinrichs, J. y Kreye, O. (1980) *The New International Division of Labour*. CUP.

Gilligan, C. (1982) *In a Different Voice. Psychological Theory and Women's Development*. Harvard University Press.

Gissi, J. (1980) "Mythology about women, with special reference to Chile" en: J. Nash y E. Safa (eds.) *Sex and Class in Latin America. Women's Perspectives on Politics, Economics and the Family in the Third World*. J.F. Bergin Publishers.

Latin American and Caribbean Women's Collective (1980) *Slaves of the Slaves. The Challenge of Latin American Women*. Zed Press.

Priscila Delano A.

Montecino, S. (1991) *Madres y Huachos. Alegorías del Mestizaje Chileno*. Editorial Cuarto Propio/CEDEM. Santiago.

Safa, E. (1981) "Runaway shops and female employment: the search for cheap labor". *Signs*, 7 (2), 418-433.

Safilios-Rothschild, C. (1990) "Socio-economic determinants of the outcomes of women's income-generation

in developing countries", en: Sh. Stichter y J. Parpart (eds.) *Women, Employment and the Family in the International Division of Labour*, MacMillan.

Scott, A.M. (1990) "Patterns of patriarchy in the Peruvian working class", en Sh. Stichter y J. Parpart (eds.) op. cit.